

El agua de esa fuente." Y en sus ondas  
Fijó la vista fascinada.—Entonces  
Cerrando el caño por dó el agua brota  
Y el sumidero que la taza horada,  
Posarse el sábio encantador dejola.  
Deshízose en el mármol el postrero  
Círculo que formó su última gota,  
Y quedó el haz del agua tersa, inmóvil,  
Reflejando en su fondo de la bóveda  
Las múltiples labores que, alumbradas  
Por las lámparas, fingen con sus combas,  
Angulos, rádios, casetones y arcos,  
Grupos de casas, árboles, y rocas.  
Sentóse el sábio junto al rey, y asiendo  
Su yerta mano y de su oído prócsima  
La boca colocando, "duerme, díjole,  
"Duerme, Muley, á tu pesar, reposa:  
"Mas recibe los sueños que te envío  
"Y dales un asilo en tu memoria,  
"Para que cuando vuelvas de tu sueño  
"Recuerdes sus visiones vaporosas.  
"Sueña, feroz Muley, y mis palabras  
"De ensueños vagos en quimeras torna:  
"Sueña que ves debajo de esa fuente  
"Lo que en tu sueño de mis labios oigas."  
Y aquí el encantador encapuchado  
Comenzó á relatar con voz monótona  
Una historia: confusa, como un sueño  
En que un millar de imágenes se agolpa:  
Vaga, como unos versos sin cadencia,  
Que parece tal vez que nunca logran  
En su armonía dar con un sonido  
Que con otro sonido corresponda;  
Historia, en fin, cuyo relato hecho  
En la inflexion y guturales notas  
Del árabe dialecto, semejaba  
Al susurro del agua y de las hojas.

## III.

"Mira, escucha y comprende lo que pasa  
En torno tuyo ¡oh rey!—¿Ves esas sombras  
Que como alas de los vientos cruzan  
Esos llanos y montes con que sueñas,  
De esa oscura ciudad saliendo todas?  
Los corredores son, que el rey cristiano  
Envía á sus alcaides fronterizos.  
Esa ciudad de donde parten, cuyo  
Mudo recinto en las tinieblas yace  
Al parecer pacífico y tranquilo,  
Es Medina del Campo. Desde aquellas  
Torres los reyes de Castilla miran  
Hacia Granada, el pensamiento fijo  
En su desolacion y la memoria  
En el fatal horóscopo, que anuncia  
A Abú-Abdil como el postrer monarca  
Que reinará en la Alhambra; sus ginetes  
Por eso envían en secreto, y solo  
Caminando de noche, á sus mejores  
Adalides. ¿Y sabes el mensaje  
Que les llevan, Muley? Que pues rompiste

Las treguas tú, cayendo sobre Zahara,  
Den por abierto el campo de la guerra  
Y metan por tus tierras sus pendones,  
Talandos sin piedad y destruyendo  
Mieses, viñedos, torres y ciudades.  
Vuelve ahora la vista hácia este lado:  
¿Ves ese cerro sobre el cual blanquean  
Las almenadas torres y los muros  
De una morisca villa? Son las torres  
Y las murallas de Guadix. ¿Ves ese  
Pendon que en ellas vagarosa agita  
El áura de la noche? No es ya el tuyo;  
Es el de Abú-Abdil. ¿Ves esos hombres  
Que, envueltos en sus blancos alquiceles  
Y jáiques africanos, uno á uno  
Entran en la segura fortaleza  
Do le hospeda tu alcaide? Todos esos  
Son los parciales de Abdilá, que acuden  
A ofrecerle su brazo y sus tesoros  
Contra su mismo padre: y son los mismos  
Que tus inicuas leyes desterraron  
De Granada; los hijos y los nietos (1)  
De aquella ilustre raza degollada  
Por el infame padre del que ahora  
Es tu primer Wazir, tu consejero,  
Del tirano tal vez que por tí reina:  
De Abú'l-Kasin Ben-Egas, hijo digno  
Del renegado vil á quien llamaron  
Moros y castellanos con desprecio  
El *Tornadizo*: y todos alimentan  
Sed de venganza contra él, y el odio  
Hierva en su corazon contra la impura  
Cristiana á quien adoras, y detestan  
Toda la estirpe vil de renegados  
Que te cerca, Muley, y al pueblo impulsan  
Hacia la rebelion, que ya fermenta  
Hasta en tu misma corte, y cuyo fuego  
Puede atajar tal vez Dios solamente,  
¡Alahú-akbar! así está escrito. Vuelve  
La vista hácia ese valle: es el de Dona.  
¿Ves esa multitud de gente armada  
Que por él atraviesa? son cristianos  
Que á Alhama van. A Alhama donde tienes  
Tus mas ricos tesoros: donde acuden  
Con tus anuales rentas tus alcaides:  
Donde almacenas los inmensos víveres  
A tus tropas fronterizas necesarios.  
A Alhama van: la llave de Granada  
Como los granadinos la apellidan:  
A Alhama van. Repara como trepan  
Por los peñascos en que está fundada,  
Como astutos reptiles, los cristianos  
Escaladores: mira como llegan  
De los muros al pié sin ser sentidos:  
Mira como aprocsiman las escalas:  
Mira como en silencio en las almenas  
Aseguran las manos, como tienden  
Los cautelosos ojos al recinto  
Del muro y del adarve abandonados:

(1) Los Abencerrajes, de cuya noble y numerosa familia fueron degollados muchos individuos por el tirano Aben Osmín. Esta leyenda y la de don Pedro Ben-Egas el *Tornadizo*, se hallarán en mi *Cuento de Cuentos*.

Mira como el primero salta dentro  
Y sesenta tras él. Ese maldito  
Es Ortega del Prado, ese famoso  
Escalador cuyas sorpresas tienen  
En vela eterna á los alcaides todos  
De tus castillos fronterizos. Mira  
Como asesina al centinela y corre  
A sorprender la guardia de las puertas:  
Mira como un enjambre de cristianos  
Por las murallas entra, ¡Ay de tu Alhama!  
¡Ay de los que no ven que están cercados  
De lobos nazarenos! Mira, mira.  
Aquel ginete, que á su frente viene  
A emboscarse traidor junto al postigo,  
Es Ponce de Leon, marqués de Cádiz,  
Maldecido de Aláh y azote nuestro.  
Aquel otro de arnés empavonado,  
Es el rico Asistente de Sevilla  
Diego de Merlo: aquel que con el hacha  
El barreado rastrillo hace pedazos  
Con fuerzas de Titan, es Juan de Robles  
Alcaide de Jerez, que mató un toro  
Dándole en el testuz un puñetazo.  
Y no creas que es gente allegadiza  
Poco diestra en la lid y mal armada;  
No, Muley, son guerreros avezados  
A pelear: ilustres por sus hechos  
Y por su sangre generosa: todo  
Cuanto encierra mejor Andalucía  
De castellanos capitanes. Mira  
¿Ves aquel jóven cuyo bozo apenas  
Sobre su labio superior apunta?  
Bien puedes con el alba que esclarece  
Divisarle, ginete en un morcillo  
Que pifa de impaciencia: ese es un hijo  
De aquel conde de Cabra, cuyo brazo  
Teme no mas Aly-Athar de Loja;  
Es su hijo Don Martin, prez de la raza  
De Fernandez de Córdoba. Aquel otro  
Que monta un potro negro y que tremola  
Un pendoncillo cárdeno en la lanza,  
Don Pedro Enriquez es, adelantado  
Mayor de Andalucía. Toda entera  
La tienes ya sobre tu reino: toda  
Tiene la voz de alarma y se dispone  
Para vengar á Zahara, ¡Ay de tu Alhama  
Que tienen ya por suya! ¡Oh! mira, mira.  
Aquel que gana el caracol estrecho  
Del torreón y baja á dar entrada  
A los que aguardan del postigo fuera,  
Es el comendador Martin Galindo,  
Que ha jurado inmolar treinta musulimes,  
A la implacable sombra de un hermano  
Muerto á sus piés por el Zegrí de Velez.  
Mira como ayudado de Estremera  
Su escudero y de Pedro de Valdivia  
Alcaide de Archidona, desatranca  
Los pesados barrotes de la puerta  
Y sube las cadenas del rastrillo.  
Ya logró levantarle: ya una hoja  
Franqué del postigo: apresurados  
Mira como por él se lanzan todos  
Sedientos de oro y sangre, ¡Aláh clemente,

Compadece á los árabes! Escucha.  
¿No oyes el repentino clamoreo  
Que ensordece la villa? ¡Desdichada!  
Su gente anoche se acostó tranquila  
Y en brazos de la muerte se despierta.  
Mira aquel que en la torre de homenaje  
De la alta ciudadela ha enarbolado  
La bandera cristiana: oye cual grita,  
Agitando frenético los brazos,  
¡Alhama por Castilla!... ya la tienen.  
Mas no: mira los tuyos como acuden  
A la pelea: todavía es suya  
La villa y el castillo solamente  
De los cristianos es. ¡Aláh bendito!  
Mira como coronan las murallas,  
Una nube de flechas arrojando  
Sobre los siervos de Jesus. ¡Cuál caen  
Entre los muros de ambos fuertes! Cejan,  
Se encierran otra vez en el castillo  
La tierra con su sangre enrojando.  
¡Ah, leales musulimes, degollados  
Primero que rendidos! Viejos, niños,  
Mujeres, cuantos ciñen el turbante  
Africano, pelean por su patria.  
Mira, van á intentar una salida:  
Ya están acorralados los cristianos  
En el castillo, y á su vez ahora  
Van á ser los sitiados. No hay tronera,  
Ni lucerna, ni almena, ni resquicio  
Por donde asome un ojo castellano,  
Que cubierto de dardos no se vea  
En el instante mismo. Ya los tuyos  
Comienzan á salir: mas ¡cielo santo!  
En tumulto, sin orden y sin gefe,  
Como muchachos de una escuela salen.  
¡Oh! van á ser pasados á cuchillo  
Si los cristianos dan en ellos. ¡Pronto  
Desdichados! ¡atras! ¡atras! Es tarde.  
Un lienzo de muralla derribando  
Los cristianos se lanzan de repente  
Sobre su ciega multitud, y en ellos  
Como en ganados en redil se ceban.  
Huyen: la puerta los de dentro quieren  
Cerrar: mas se aprocsiman unos y otros  
En confuso tropel: todo es en vano:  
Todos al par se precipitan dentro.  
Oye como á la avara soldadesca  
Autorizan los gefes al saqueo,  
Para animar sus bárbaros instintos.  
¡Ira de Dios! La muerte por las calles,  
Por las plazas, las casas y mezquitas,  
Corre hambrienta de víctimas humanas  
Y se harta de cadáveres. En vano  
Unos pocos valientes, prefiriendo  
La muerte al cautiverio, se resisten  
Como leones del desierto. En vano  
En tu régio mirab encastillándose,  
Ante el ara sagrada del profeta  
Forman una muralla con sus pechos.  
Un impío cristiano, una embreada  
Tea aplicando á la dorada puerta,  
Sopla la llama arrodillado en tanto.  
Que otros con sus escudos le protegen

De los árabes tiros. Ya la llama  
Prendió en la puerta cincelada: el humo  
En espirales pardas culebrea  
Por cima de los cascotes: ya las chispas  
Saltan á impulso del seguro soplo  
De la adarga de cuero con que aventan  
El incendio naciente, y ya rechina  
La primorosa ensambladura hendiéndose.  
Mira como abrasada se desploma  
La mezquita y sepulta á los musulimes:  
Mira como el incendio se propaga  
Por tus bazares y almacenes; mira  
Las lagunas de sangre, en cuyo fondo  
La voz de todo un pueblo degollado  
Al justiciero Aláh contra tí clama;  
Mira como el incendio, porque veas  
Mejor, estiende en derredor su llama  
Encendiendo á tu honor mortuorias teas:  
"Mira la cruz sobre el peñon de Alhama!...  
Desventurado rey, ¡maldito seas!"

Dijo y calló la voz del nigromante;  
De la frase final lúgubre el eco  
En pavoroso son zumbó un instante  
Bajo el morisco artesonado hueco.  
Un momento despues la luz brillante  
Se estinguió de las lámparas: un paso  
Lento, mas firme gravitó en la alfombra:  
Sintiósse en los tapices un escaso  
Rumor... y todo fué silencio y sombra.

## IV.

Despuntaba la luz de la mañana:  
El sol, detrás aún del horizonte,  
Tendía ya su resplandor de grana  
Como un inmenso schal de monte en monte.  
Alfombraba la escarcha las laderas  
De los valles de Darro, y argentinas  
Del árbol desprendíanse ligeras  
Las perlas del rocío, á las primeras  
Ráfagas de las áuras matutinas.  
Díafana en fin la atmósfera, sereno  
El cielo y quieto el aire, se anunciaba  
Un día claro y de alegría lleno  
Que al perezoso mundo despertaba.

En la loma del cerro abandonado,  
Donde se eleva el torreón oscuro  
Que al vulgo atemoriza, un hombre armado  
Yacía al pié del solitario muro,  
De espaldas en sus piedras apoyado.

Verde caftan de damasquina tela,  
Cuyo valor y forma la elevada  
Clase y poder del portador revela,  
Cubría su armadura cincelada  
El calado antifaz de su celada  
No permitiendo ver si duerme ó vela.

Allá en el valle y á la torre vuelto  
De espalda, un negro y colosal Nubiano

Dormía echado, en su alquicel envuelto,  
A precaucion habiéndose revuelto  
Las bridas de dos yeguas á la mano.

La hermosa raza del desierto en ellas  
Se dejaba admirar, y en sus mantillas  
De seda tuneó, y en las hebillas  
De plata de su arnés, bien claras huellas  
Se veían del lujo de su dueño,  
Cuya venida retardaba acaso  
Dulce el placer, ó descuidado el sueño.

El sol apareciendo de repente  
Tras de las cumbres de la helada sierra,  
Derramó su esplendor sobre la tierra,  
Y un rayo de su luz hirió el luciente  
Casco de la armadura en que se encierra  
El hombre que en la torre al pié del muro  
Yace, su oculta faz dando al Oriente.  
Su calor ó su luz, si es que dormía,  
Le desvelaron: si aguardaba su hora,  
Le avisaron puntuales que era día.

Entonces el armado, la pereza  
O el sueño desechando, en torno suyo  
Revolvió lentamente la cabeza:  
Dió tension á su cuerpo entumecido,  
Y con señales claras de sorpresa  
Reconoció el lugar: mas de la torre  
Viéndose á los umbrales, como herido  
De repentina idea, ó tal vez presa  
De una locura, alzóse, y una gruesa  
Piedra cogiendo entre sus brazos, corre,  
Y con cuanto vigor halló en su pecho  
Lanzándola en impulso bien medido  
Contra el postigo de madera estrecho,  
Le descuajó del quicio carcomido.  
Cayó dentro la hoja levantando  
Una nube de polvo, revocada  
Por su hueco en espesa bocanada;

Al temeroso ruido, despertado  
El negro que esperaba en la alameda,  
Volvióse con pavor: mas no vió nada  
En medio de la densa polvareda.  
Inmóvil el Nubiano contemplaba  
Desvanecerse el polvo que impelido  
Por el áura corría, y esperaba  
Sin duda hallar detrás de su cortina  
Aquel maldito torreón hundido  
Y abrasada ó desierta la colina,  
Cuando á manera de mármoleo busto  
Que, abandonando su sepulcro, asoma  
Del panteón á la puerta, vió con susto  
Bajar hácia él por la empinada loma  
Una radiante y colosal figura,  
Tras sí dejando el torreón vetusto  
Del cual la vió salir con gran pavora.

Ya para huir despavorido acaso  
Las manos á la crin y el pié al estribo  
Iba á llevar, cuando atajó su paso  
La voz de su señor (cuya armadura  
Brillaba al sol con resplandor tan vivo  
Que deslumbraba), y dándole el nativo  
Nombre, gritóle: "¡Zíl, pronto, á caballo!"  
Y montando de un salto, á toda brida  
Lanzó su yegua. Zíl, como él activo,

Sacó en escape volador tendida  
La súa de él en pos, y esclavo y dueño  
Se hundieron de su rápida corrida  
Entre el polvo, cual sombras de un ensueño.

## V.

Media hora despues caía muerta  
De fatiga á los piés de su ginete  
La yegua del fiel Zil, ante la puerta  
De la Alhambra: tras el Muley llegando,  
A contener la suya no bastando  
Desenfrenada y en carrera abierta,  
Con ella por el pórtico se mete.

Sujetaron á un tiempo veinte manos  
Al fogoso animal: á tierra echóse  
El fatigado Amir, y en medio hallóse  
De su guardia de negros africanos.

Como una torva y rencorosa hiena  
Que olfatea con ansia en el desierto,  
Buscando el tronco del viajero muerto  
Que enterró el salteador bajo la arena;  
Tal el fiero Muley el zurdo paso  
Enderezó á la torre de Comares,  
Con el designio de manchar acaso  
Con un nefando crimen sus hogares.  
En su rostro, de cólera amarillo,  
La decision horrenda se leía  
En su sangriento corazón forjada,  
Y el infernal placer de su alma impía  
En sus trémulos labios y en el brillo  
Siniestro de su lúgubre mirada.  
Los negros su furor adivinando  
En su ademán y rostro descompuesto,  
Paso le abrieron con temor callando:  
El en vez de palabras empleando  
Un imperioso irresistible gesto,  
Abrir mandó la cámara africana  
Que sirve de prision á la sultana.

En sepulcral silencio, mas terrible  
Que la voz mas furiosa, entró en la estancia  
De Comares Muley: con impasible,  
Desdeñosa y sultánica arrogancia,  
Serena faz y fulgurantes ojos,  
A Aixa halló que acercarse le veía  
En pié y desafiando sus enojos,  
Silenciosa como él, como él sombría.

Como audaz cazador que, asegurado  
De la muerta leona, hallar espera  
Sus cachorros sin riesgo, y confiado  
Avanza hasta la oculta madriguera:  
Mas en su boca lóbrega, imprudente  
Los cachorros dormidos reclamando  
Escarba, y con terror ve de repente,  
Su ondulante espiral desarrollando,  
Salir con un silbido una serpiente:  
Tal se encontró Muley bajo la altiva  
E imperiosa mirada de la mora,  
A quien débil juzgó como cautiva,  
E insolente encontró como señora.

Miráronse un momento frente á frente  
Aixa y Muley Hasan: mas no hay quien pueda

La mirada arrostrar resplandeciente  
De esta mujer, cuyo ánimo valiente  
Tanta virtud como valor hospeda.  
Con los brazos cruzados sobre el pecho  
Preguntó al rey impávida: "¿Qué quieres?"  
—"Tu hijo," exclamó Muley. "¿Qué imbécil eres!"  
Repuso con desprecio la sultana,  
Dominando á Muley á su despecho.  
"¿Cuándo has supuesto que albergado viva  
"En el pecho viril de una africana  
"El villano temor de una cautiva,  
"Ni el corazón servil de una cristiana?"  
"Tú te olvidas que Dios reina me ha hecho.  
"¿Mi hijo á pedirme vienes? ¡insensato!  
"Libre partió: mas si seguir su huella  
"Deseas, de ocultártela no trato.  
"Corre á tu villa de Guadix y en ella  
"De Dios y de tus pueblos con la ayuda  
"Alzado rey le encontrarás sin duda.

—"En Guadix! dijo el rey, ¡no lo he soñado!"  
Y, de pavor mortal sobrecogido,  
Ante la mora en pié quedó aterrado,  
Mudo é inmóvil, cual del rayo herido.

Ella le contempló por un instante  
Sin comprender lo que por él pasaba:  
Mas suponiendo que algo meditaba  
Contra el fugado príncipe, arrogante  
Díjole, del poniéndose delante:

"La bestia mas feroz jamas se encona  
"Con sus hijos cual tú. ¿Qué esperar debo  
"Del tigre que á sus hijos no perdona?  
"Ya á todo yo por Abdilá me atrevo:  
"Tigre, te encontrarás con la leona.  
"De hoy, pues, no lograrás, feroz tirano,  
"Ni tocar al menor de sus cabellos  
"Sin que, cual tú feroz, mi régia mano  
"Meta un puñal entre tu mano y ellos."

Dijo, y una insolente carcajada  
Soltó, la espalda con desden volviendo:  
No la volvió Muley ni una mirada  
Ni la escuchó tal vez, solo atendiendo  
A la duda fatal en que vacila:  
Y la sultana, hallándola entreabierta,  
Con noble majestad pasó la puerta  
Y á su cámara real fuese tranquila.

Vióla Muley el patio de la alberca  
Cruzar, volviendo en sí: mas no dió un paso  
Contra ella, ni el gesto mas escaso  
Hizo, aunque la guardia el patio cerca.  
En silencio, los brazos sobre el pecho  
Cruzados é inclinada la cabeza,  
A solas con su mal ó su despecho,  
Preso permaneció por largo trecho  
De ruin supersticion ú honda tristeza.

Mas notando el monarca de repente  
Que sus guardias le estaban contemplando,  
Miró á su dignidad, irguió la frente  
Y cobrando su indómita fiereza,  
Al patio se lanzó donde llegando  
Tendió la vista en derredor, ansioso  
De encontrar una víctima á su saña.  
En pié, junto á un pilar del peristilo,  
Vió un hombre cuya cara le era estraña,

Pálido, ensangrentado, silencioso,  
Y de torvo ademan, pero tranquilo.

Sonrió al divisarle, satisfecho  
De hallar en quien la cólera del pecho  
Descargar, y con calma aterradora  
Fuese Muley á él. De pié derecho,  
Contemplándole audaz con ojo fijo,  
El hombre le aguardó, y hasta él llegando  
El iracundo rey así le dijo:  
"¿Quién eres?—Nadie ya," repuso el hombre.  
De la ira Muley sintió la llama  
Subirle al rostro y de furor temblando  
"¿Tu raza, dijo, tu país, tu nombre?"  
Y con acento de tristeza lleno  
Al rey el hombre contestó sereno:  
"No tiene nombre ya, país no tiene,  
"Ni familia ni tribu le reclama  
"Por suyo aquel que, su país dejando  
"Esclavo, huyendo de su patria viene  
"A contar el baldon con que se infama.  
"Mi pueblo yace, Amir, muerto ó cautivo,  
"Y el solo ves en mí que escapó vivo  
"De la tremenda asolacion de Alhama."

Palideció el monarca de pavura  
A esta nueva fatal: su mensajero  
Sonrió con sardónica amargura  
Así siguiendo: "Amir, mi alma está pura  
"De traicion: combatí junto al primero:  
"Mas cuando todo se perdió, mi escaso  
"Aliento aproveché con la esperanza  
"De poder, á tus piés llegando acaso,  
"Pedirte no favor sino venganza;  
"Pero no para mí: yo no la quiero:  
"Sin honra y sin hogar morir prefiero.  
"Alhama se perdió por tu abandono  
"Y clamó contra tí su pueblo entero:  
"Mas yo soy un creyente verdadero  
"Y, en tí mirando Aláh sobre tu trono,  
"En nombre de mi raza te perdono."

Dijo el léal; y con sublime calma  
En su pecho la daga sepultando,  
Espiró, buen Muslin, encomendando  
Su venganza á su rey, á Dios su alma.

La guardia de los negros torva y muda,  
Ante el cuerpo del último alhameño  
Lloró tal vez su bárbaro heroísmo:  
Solo insensible y encarnado el ceño  
Permaneció Muley con faz sañuda,  
Víctima de un segundo parasismo  
De su pavor recóndito sin duda.

Reinó un punto el silencio mas solemne:  
Luego hablando Muley consigo mismo  
Dijo: "Sí, la verdad está perenne:  
"La aparicion . . . Alhama . . . todo es cierto!  
"Y EL libre ya!—Confúndale el abismo!  
"Mas valiera al nacer haberle muerto!"

Y aquí el rey humillando la cabeza  
Prosiguió con hondísima tristeza:  
"¿Con que el cielo y la tierra se han unido  
"En contra mia por tan varios modos?"  
Mas irguiéndola al punto con fiereza,  
Dijo. "Mas no dirán que me he rendido:

"Mientras vive Muley aun no han vencido  
"Todos, pues, contra mí, yo contra todos."

Y volviendo la espalda, á pasos lentos  
Volvió Muley de su oriental palacio  
A entrar en los dorados aposentos,  
Donde Zil le siguió tras breve espacio.

## VI.

"Ay de mi Alham!" en su palacio dijo  
Muley, que aun suya en su dolor la llama:  
Y el eco triste, de sus techos hijo,  
Suspiro: "¿Alhama!"

Desde las torres del gentil palacio  
Bajó en las brisas, y de rama en rama  
Corrió los huertos y gimió el espacio:  
"¿Ay de mi Alhama!"

Llegó hasta el vulgo la terrible nueva.  
¿Quién para el vuelo de la errante fama?  
Su voz diciendo en la ciudad se eleva:  
"¿Ay de mi Alhama!"

La turba ociosa de pavor transida  
La aciaga nueva por do quier derrama:  
Do quier repiten por donde es oida:  
"¿Ay de mi Alhama!"

El ruin villano y el audaz guerrero,  
El noble altivo y la orgullosa dama  
Dicen, llorando con el pueblo entero:  
"¿Ay de mi Alhama!"

Y el pueblo entero del palacio augusto  
Corre á las puertas, y furioso clama  
Con voz que impone á sus vivientes susto:  
"¿Ay de mi Alhama!"

La guardia negra que á Muley defiende  
"¿Atras!" las picas enristrando esclama:  
Se irrita el pueblo, y el clamor se estiende:  
"¿Ay de mi Alhama!"

Las regias salas el motin conturba  
Que en torno de ellas cual tormenta brama,  
Y al grito tiemblan de la airada turba:  
"¿Ay de mi Alhama!"

Muley no duerme: cinco mil guerreros  
En quienes arde del honor la llama,  
De sus legiones manda delanteros  
Ir sobre Alhama.

Y al caer la noche, gineteando al frente  
De hueste inmensa que la lid reclama,  
Partió gritando con su armada gente:  
"¿Venganza á Alhama!"

"¿Venganza á Alhama!" Repitió la plebe  
Que al rey valiente y vengador aclama:  
"¿Aláh, le dijo, la victoria lleve  
Contigo á Alhama!"

Mas ¿quién penetra en el destino oscuro  
De su ancho velo por la espesa trama?  
Voz misteriosa suspiró en el muro:  
"¿Ay de mi Alhama!"

Eco siniestro, que la fé desmiente  
De los Muslimes y á su rey infama,  
Toda la noche repitió doliente:  
"¿Ay de mi Alhama!"

¿Tal vez las almas de los muertos, cuyos  
Miembros sin tumba el agua desparrama  
De los nublados, piden á los suyos  
Tierra en Alhama!